

## 1. Cadaqués, Costa Brava, Girona, Catalunya

La idea de un rompecabezas, o puzzle, blanco no es mía. No sé si alguien lo ha pensado antes; supongo que sí porque todo lo pensable ya está pensado, ¿no?

No soy muy aficionado a ese tipo de juegos de mesa.

Nada aficionado, mejor dicho.

Sí que me gustan, en cambio, los juegos de club en los que arriesgas no solo tu dinero, si no, a veces, incluso tu propia vida, como en la guerra. El que más me encanta es el póker. Sobre todo el que no se juega en el casino, si no en timbas ilegales con alcohol, a veces cocaína, y humo de tabaco. Como en las películas de vaqueros del lejano oeste aunque allí no hay coca, que yo sepa. No es que participe en muchas de esas timbas, ¿eh?; en las del lejano oeste seguro que no. Me refiero a las de ahora, a las que son ilegales. Por desgracia no tengo acceso a los círculos habituales y, últimamente, tampoco dinero. Y ahí, si no muestras que vas con un nivel de efectivo alto, no te dejan entrar ni de coña. En las de casino sí.

También me gusta el póker del amor.

Y el rompecabezas del amor. Y el del sexo, que son lo mismo, creo. No estoy del todo seguro, ya veremos si con el tiempo me aclaro. Es que aún soy muy joven a pesar de mi edad.

El puzzle de la vida ya me gustará cuando sea más mayor. Entonces pensaré en lo pensable. Ahora es demasiado aburrido para una persona de mi edad, condición y todos esos rollos macabeos que, sin embargo no dejan de condicionar quién soy. O eso creo, vaya.

Me llega por primera vez —la idea de un rompecabezas blanco; luego el juego en sí, ya lo veremos dentro de un rato— en pleno verano de dos mil veintidós durante unas vacaciones en el bello y sereno, a pesar de los guiris, pueblecito marinero de Cadaqués, Costa Brava, Girona, Catalunya. Sí, donde en sus tiempos viven Salvador y Gala Dalí. Estoy releendo tranquilamente *La vida instrucciones de uso*, de Georges Perec (1978). Y ahí, al principio de la novela, está la referencia al puzzle, ya ves lo que pasa así como sin querer. Y eso ratifica mi expresada idea de que todo lo pensable ya está pensado.

Me encuentro cómodamente sentado en la terraza del restaurant La Iaia, junto al mar y a una botella bien fría de Moët & Chandon Ice Impérial Magnum de a un poco más de cien euros. Un día es un día y además hace tres que mi novia, Cristina, me ha dejado y necesito auto cuidarme del abandono y la soledad generados por su falta de delicadeza y también otras torpezas emocionales suyas, que son muchas y ya contaré algún día si es que procede.

Cuando el amor y las relaciones se rompen las torpezas no son solo de una de las partes. Eso lo sé a pesar de mi juventud. O sea que en el caso de mi novia yo también soy torpe en alguna que otra ocasión. Lo reconozco. No he hecho el esfuerzo de venir hasta aquí — a las teclas del ordenador— para contar mentiras ni dármelas de héroe ni en el amor ni en las relaciones ni en la guerra, que es de lo que va todo esto. Bueno, ni en la política, que también va de eso.

Se acercan la hora de cenar y Sophie, una chica francesa que así mismo disfruta por aquí de sus vacaciones y que está buenísima. La conozco ayer durante el crepúsculo tomando una copa en La Nit, un pub de los alrededores. He estado toda la noche haciendo el amor

con ella. Muy bien. He dormido un rato, todo sea dicho de paso. O sea que lo de «toda la noche» no es tal cual así. Como nada. Quiero decir que nada es nunca como lo decimos, vemos, explicamos, recordamos, pensamos o escribimos. Ni siquiera es como es, que ya es.

Como digo, se acercan ambas: la hora de cenar y la chica. Ella acaba de ducharse ahora mismo en mi habitación del Boutique Hotel Villa Gala que está muy cerca, más que su apartamento alquilado. Por eso se ha quedado a dormir en mi cama. Y a ducharse.

Me encanta mucho el color rojo intenso de su piel que muestra con claridad que se ha pasado un montón tomando el sol y que viene de un lugar en el que ese astro no suele aparecer; París, creo que es. El bikini se le delata traidor en blanco —el color original y natal de su hermosa, tersa, suave, brillante y dulce piel—, a pesar de que en la playa lleva la mayor parte del tiempo sus preciosas y grandes tetas naturales al aire y el tanga es mínimo, casi casi inexistente; apenas un hilito que se le mete por el culo y que oculta con sutil delicadeza su coño a la vista de quien quiera mirar con descaró. Eso es correcto, entra dentro de la categoría de lo moralmente aceptable en el contexto en que nos movemos, el de la playa Gran: un poco de arena y un poco de piedras y con algo de mar a la vista. No una gran cantidad porque el Mediterráneo es significativamente más grande que solo este trocito.

Sí, ya sé que he puesto demasiados adjetivos calificativos al describir la piel de la chica y tal vez sus tetas. Según los cánones generalmente aceptados y normativos acerca de «Cómo escribir una novela... y tal y cual, Pascual», eso no es correcto. Me da igual. Digo en mi defensa que podría poner muchísimos más adjetivos de esos acerca de su piel, sus tetas, su culo, su coño... y así. Así de repente y de seguidas, sin buscar sinónimos ni nada

parecido. Si a alguien no le gusta porque hace poco que ha seguido un curso de escritura creativa, pues le pido perdón y punto. Tampoco se me caen los anillos por eso, que conste.

La playa huele a salitre. Supongo que esto es normal.

Dentro de poco nos servirán un par de langostas del lugar hervidas en su justo punto en agua de mar, como tiene que ser, y con salsa mayonesa casera —¡cómo me gusta!— y una docena de ostras vivas con limón. Continuaremos con el champán. Y cuando se termine, otra botella. Por eso no vamos a sufrir, que un día es un día, joder.

También nos acompaña el precioso atardecer marítimo mientras suena muy bajito música de Chuck Berry. Todo me ayuda a mantener a raya la tristeza por el abandono de Cristina, mi citada novia. Ella se lo pierde. La langosta, el champán, las ostras, el atardecer, la música y, sobre todo, a mí. Que lo disfrute Sophie, que para eso estamos. Me pone a cien la marca blanca del tanga en su piel roja y dentro de un ratito repetiremos amor. Seguro. ¿Qué sería la vida sin amor? Una puta mierda, ¿no?

Dejemos a la guapa y exuberante francesa tranquila por ahora y volvamos a Perec. El magistral novelista también galo hace referencia sin darle demasiada importancia a un puzle blanco en la página dos (o uno) del preámbulo a su estupenda novela ya referenciada y que sigo leyendo plácidamente por segunda o tercera vez en mi vida en la playa de Cadaqués hasta que llegan la ansiada cena y la deseada Sophie. Él sugiere que eso, lo del puzle o rompecabezas, significa «enigma» en inglés. Y así le tomo la idea porque para mí es nueva y sorprendente y me produce como una sacudida interna en mi pobre intelecto, una sensación rara, enigmática, sí; me seduce casi tanto como las tetas de Sophie. Que ya es decir, ya.

¿Un puzle blanco? ¿Las tetas de Sophie? ¿Cómo es eso posible, caramba? ¿Qué sentido tienen? ¿Para qué sirven?

La enigmática sensación, perdón por la repetición, me recuerda mucho a una que tengo unos años atrás cuando veo el cuadro *Gran pintura blanca* de Gerardo Rueda (1966) en una exposición en el Museo de Arte Abstracto de Cuenca durante un viaje de trabajo a la hermosa ciudad castellano manchega famosa por sus casas colgantes.

¿Para qué sirve un cuadro todo pintado de blanco? ¿Para qué un rompecabezas solo del mismo color?

¿Qué placeres estéticos o de otro tipo puede despertar en un ser humano normal admirar el primero o completar el segundo?

Ves, aquí, si sigo comparando con las tetas de Sophie (he vuelto a traer a la francesa a colación; perdón) las cosas van cambiando un poquito. Evidentemente, estas sí que despiertan placeres estéticos y más... Al menos a mí...

## 2. Siempre acabo a hostias

Ya estoy de vuelta en Barcelona. Todo lo bueno se acaba. Lo mejor, también. Hace unos cuantos días que mis vacaciones han terminado y he vuelto a mi rutina habitual: escribir artículos de opinión política para periódicos de izquierdas, en especial para *El Pueblo Unido*. Y participar en debates televisivos en los que siempre acabo a hostias (dialécticamente hablando; odio la violencia física) con los periodistas fachas. Estos se suelen poner a cien con mis provocaciones intencionadas. Me encanta sacarles de sus casillas, cortar sus intervenciones contraviniendo las normas de los programas; incluso insultarles. Tengo varias demandas por eso. No pasa nada; me defiendo basándome en la libertad de expresión. O sea que si a alguien se le ha de llamar «imbécil» en público, pues se le llama y ya está. Esa palabra está en el diccionario y tiene su significado: «Tonto o falta de inteligencia». Entre otras acepciones. Así es que no es un insulto. Ni mucho menos es denunciabile. Es un adjetivo calificativo. Y los adjetivos nunca son punibles. Eso argumentan mis abogados con insistencia en todos los casos. Y siempre ganan. A los letrados les paga el Partido que, al final, es quien me da cobertura legal en los momentos difíciles. Algún interés tiene, claro. El Partido, digo. Mi trabajo consiste en difundir sus ideas, que son las mías, por supuesto.

Estoy en mi piso del *carrer d'Aragó*\*. Hace muy poco que me he trasladado y el amplio salón está lleno de cajas de libros y discos de vinilo, sobre todo de *Rock & Roll*, que todavía no he tenido tiempo ni ganas de desempaquetar y colocar en las estanterías. Es un rollo, pero un día de estos tendré que ponerme en serio. Todo llegará. Poco a poco,

---

\* Castellano: calle de Aragón.

que últimamente ando muy cansado; llevo demasiado ajeteo para lo que debería de ser normal, digámoslo así.

«Normal», que palabra tan fea. Como tantas otras del diccionario. También las hay bonitas, ¿eh? Por ejemplo: «Primavera». Esta sí que es chula, además de que en estos días otoñales se echa de menos lo que representa. Ya se sabe: los trinos de los pajaritos, las flores, la brisa marina,...

Antes vivo en un lugar mejor, más grande, lujoso y todo el asunto. Pero las circunstancias de la vida me traen aquí, que tampoco es que sea horrible. Lo malo es que en la calle hay mucho tráfico y ruido. Allá en el otro sitio no tengo de eso.

La casa es grande y amplia, valga la redundancia. Y está bien aireada. Tiene incluso una buena y luminosa terraza encristalada que da al gran patio interior de vecinos. Además de en mi sofá favorito, ahora no tengo otro ni falta que me hace, me gusta ponerme a escribir ahí. Se está muy tranquilo y así puedo concentrarme en dar la mejor forma a mis artículos y columnas de opinión.

Los inquilinos anteriores dejan un par de plantas bien desarrolladas, verdes, sanas y bonitas —otra vez el exceso de adjetivos; lo siento— que dan vidilla y alegría a la terraza además del sol que entra todo el día sin pedir permiso. Tengo que ponerme incluso un toldo porque el astro padre a veces molesta un poco.

Una *Sansevieria trifasciata* y un *Ficus elastica* grande. Esas son las plantas. Lo busco en internet. Lo más seguro es que los otros no se las hayan podido llevar a su nuevo pisito de alquiler más barato porque no les caben. Y no pueden pagar este pisazo, seguro. No es raro. Todos estamos yendo a menos en lo económico a pesar de los esfuerzos del nuevo gobierno de izquierdas para superar la crisis galopante que venimos arrastrando desde antes cuando gobiernan los fachas del Partido Sonado, que lo liberalizan todo.

Todo. Solo les falta el aire que respiramos. Para lo mierdoso que es ya tendría cojones que tuviéramos que pagar por él, ya. Pero esos eran capaces de cualquier cosa con tal de esquilmar nuestros bolsillos robándonos a troche y moche.

Ahora es muy difícil revertir la situación. Pero algunos lo intentamos en la medida en que podemos, cada cual desde su trabajo o activismo e implicación política.

Pongo en marcha el ordenador portátil para trabajar un poco sentado en el cómodo sofá y veo en el escritorio una carpeta que dice: «Fotos de Cadaqués». La abro con curiosidad; yo nunca he estado en esa ciudad.

La carpeta está vacía.